

Sus problemas fundamentales en América Latina.

Contribución al estudio del Programa de la III Semana I. de Acción Católica, a realizarse en Lima. 1953.

Dra. Arg. Horacio Zorra Arceana.

o-o-o-o-o-o-o-o-o-o

I

Archivo
Comital

Momento crucial

Quienes estudian los problemas religiosos en América Latina coinciden en que el destino católico de esta parte del continente se decide en nuestro medio siglo:

un catolicismo tradicional, ligado a formas temporales en crisis, debilitado internamente, y combatido por fuerzas hostiles poderosas, parece incapaz de resistir los cambios inminentes económicos, sociales, culturales, políticos y religiosos; y ya se encuentra desbordado por formas de vida que escapan a sus directivas morales.

Para perdurar y crecer es necesario que el catolicismo, por una gran reacción vital interna se sobreponga a los ataques de que es objeto, y se adapte a las nuevas condiciones y circunstancias exteriores, trabajando para modificarlas en cuanto ellas se oponen a su espíritu, reconociéndolas y penetrándolas en cuanto ellas ofrecen de legítimo, impulsándolas en cuanto suponen conquistas de justicia, ajustando en cualquier caso la acción a su presencia en cuanto significan un cuadro de realidades que no está en sus manos cambiar.

Hasta hace poco, el apostolado católico entre nosotros enfocó una sociedad jerarquizada cuyas reducidas "élites" ejercían una influencia natural e insensible sobre las masas más o menos incultas. El cuidado apostólico de las élites derivaba sin más esfuerzos hacia las costumbres de la sociedad entera, o por lo menos dejaba solamente a parte, la "tierra de misiones" librada a las tareas específicas de los misioneros.

En la raíz de nuestros cambios sociales está el desplazamiento de las "élites", y la pérdida de su influencia en virtud de su solidaridad real, o aparente con situaciones de privilegio de orden temporal hoy combatidas y despreciadas. La irrupción de las masas en el manejo de los bienes materiales y en la disputa de las posiciones de dirección y de gobierno, ha quebrado los viejos cauces tradicionales de la influencia religiosa. Al mismo tiempo, la difusión de la cultura popular profana, y el desarrollo de los medios modernos de propaganda, han creado instrumentos y métodos nuevos de acción que los católicos no dominan todavía, o cuya técnica no ha sido adaptada satisfactoriamente a la seriedad y la trascendencia del tema religioso y moral.

La "tierra de misiones" ha invadido ahora la sociedad civilizada. Tomada en su conjunto, la cultura de esta sociedad civilizada nos muestra ciertamente un debilitamiento y retroceso, no solo moral, sino aún intelectual y estético, a cuyas causas no es ajena la ausencia de una formación religiosa paralela. En cierto modo esta situación cultural nos exige un recomenzar en la evangelización bajo condiciones a veces primitivas. A la vez presenta un campo de acción mucho más vasto y caótico. Y es lógico que nos sintamos desorientados y desarmados ~~ALA~~ frente a la magnitud del problema apostólico.

Importa, pues, conocer bien cuales son estas nuevas condiciones y circunstancias de hecho, qué cambios suponen respecto de las antiguas, qué nuevas modalidades vitales han de corresponderles en el apostolado, qué objetivos ha de perseguir el católico en el campo de las mismas circunstancias temporales. Todo esto interesa a la Acción Católica que podríamos llamar "positiva". También importa saber bien lo que interesa a la acción católica que podríamos llamar "defensiva". A saber: qué fuerzas organizadas e intencionadas actúan en las sociedades modernas de América contra la religión y la moral católicas, cuáles son los mejores métodos para neutralizarlas. Aquí caben dos enfoques principales: el laicismo y el protestantismo misionero, ambos movimientos con un resultado común en América Latina: el ateísmo práctico materialista con su desenlace, el comunismo ateo.

Luego de este estudio deberá venir la tarea de precisar las formas ya "positivas" ya "defensivas" de la organización de la Acción Católica, formas que habrán de ser elásticas para amoldarse a la diversidad de situaciones locales, sin menuda de un entendimiento y coordinación superior continentales. Para esto último lo que más importa es el espíritu con que unánimemente han de considerarse los planteamientos universales de la vida presente.

Nos quedaría un tercer punto: la acción "formativa" respecto de los "agentes de la Acción Católica".

Pero no nos toca descubrir nada en lo que respecta a este aspecto vital de la Acción Católica. El consiste en la formación intensamente religiosa de los agentes, a la luz de los maestros de la vida espiritual y de las enseñanzas de la Iglesia con la yuda de una vida indispensable de sacramentos, hoy más indispensable que nunca. Sin esto, claro está, todo lo demás es verbalismo vacío, al punto de que el debilitamiento de la vida religiosa entre nosotros puede tener su más honda explicación en el mínimo rutinario a que han ajustado los laicos su vida espiritual en muchos años de tranquilidad, olvidando que el aspirar a la perfección dentro de su estado es también una obligación ineludible de ellos, y que un "standard" de mínimos se vuelve el más seguro camino del retroceso.

Dejemos pues por sabido cuanto se refiere a este aspecto de la formación de los agentes, para considerar más ampliamente lo que se refiere a las condiciones nuevas del orden temporal.

II

NUEVAS CONDICIONES EN EL ORDEN TEMPORAL EN AMERICA LATINA.

1º.- En el orden económico-social.

Conviene enunciar sobre este tema lo siguiente:

Gran desarrollo industrial en marcha: tránsito pronunciado de la producción de materias primas y frutos agrarios, a la producción elaborada. Desarrollo ~~fabril~~ fabril en las ciudades: concentración urbana proletaria. Intensificación de la vida mecanizada. Deshumanización y despersonalización de la economía: sustitución creciente de la empresa personal por la sociedad anónima. Concentración económica tendiente al ejercicio del monopolio económico y del poder social y político. Almismo tiempo, intervención creciente del Estado en la vida económica. Nacionalizaciones-Estatismo-Dirigismo económico. Enjuiciamiento de la propiedad privada. Por otra parte, antagonismo violento de intereses en el seno de las profesiones, y lucha de clases. Legislación social prolija, con riesgo de crear el trabajo obligatorio de los más, a cambio de su seguridad económica en el cuadro de los mínimos legales. Poder sindical fuerte e impetuoso, ya frente al poder político, ya ligado a él, al servicio de la lucha de clases, y no sujeto aún a normas de derecho en su ejercicio. Pase a segundo plano de las finalidades de bien común público propias de la organización política y supeditación del poder público a las influencias e intereses económicos sociales en pugna. Como consecuencia del dirigismo económico inhábil y de la solución artificial de los problemas económicos sociales, baja constante del valor adquisitivo de las monedas, inflacionismo y descontento, descrédito del ahorro, gastos suerfluos generalizados, con mengua de la previsión privada, quiebra de la financiación clásica de los seguros sociales cuyas prestaciones se vuelven nominales, y polarización creciente de la vida familiar y social hacia la disputa febril de los bienes económicos inmediatos, y hacia la conquista de la seguridad material a toda costa.

Como consecuencia de la evolución industrial y de las dificultades de la vivienda, trabajo fuera del hogar, trabajo de la mujer en la fábrica, empleo del tiempo libre fuera del hogar y desaparición del carácter familiar del servicio doméstico.

Como consecuencia de la lucha de clases y de la evolución económica, quiebra de la beneficencia paternalista por insuficiente y por sospechosa de clasismo, y quiebra de todo paternalismo patronal en las relaciones del capital y del trabajo.

de Marchesi
Nacional

2°.- En el orden más propiamente familiar.

Debilitamiento de la vida de hogar por las razones económicas enunsiadas y por causas morales. Retraso exagerado de los matrimonios por razones de formación profesional y por dificultades económicas. Incremento de uniones irregulares y de divorcios. Guerra a los hijos: neomaltusianismo. Invasión creciente del aborto de pretexto "terapéutico" y "eugenésico" bajo la influencia de una ciencia materialista. Vida de los mejores fuera del recinto y de la vigilancia del hogar. Debilitamiento extremo de la educación familiar: quiebra moral de las obras supletorias laicas, (reformatorios, asilos) a cargo del Estado. Influencia disolvente poderosísima del cine, los espectáculos públicos, la prensa, la novela radial y de toda suerte de propagandas públicas. Como consecuencia, impudor y sensualidad en el trato entre jóvenes de ambos sexos. Desaparición rápida de costumbres sociales tradicionales que eran defensas del pudor, del orden y de la intimidad protectora familiares.. Intervención creciente del Estado-so pretextos culturales-en el carácter de la educación hogareña, al través de la enseñanza pública y también por motivos sanitarios y biológicos.

3°.- En el orden cultural y social.

Extensión popular de la enseñanza gratuita a cargo del Estado en los cursos primarios, secundarios, superiores y artísticos, y en la cultura física. Imposibilidad práctica de realizar esta obra sin los recursos casi ilimitados del Estado.

Utilización a cargo del Estado de la organización de espectáculos y diversiones populares, a título de ampliación cultural y de dirección del aprovechamiento útil del tiempo libre popular. Advenimiento a las "élites" dirigentes, sociales, culturales y políticas, de elementos sin una educación cristiana proporcionada a su cultura profana, y como consecuencia, generalmente hostiles a ella.

Formación popular cristiana inadecuada al nivel de la instrucción e información actual de las masas, y a las responsabilidades posibles de sus integrantes en la vida moderna. Falta de intermediarios preparados, y de contacto entre los dirigentes intelectuales católicos y los realizadores inmediatos de las organizaciones populares de fines profesionales, culturales, etc. Predominancia de las concepciones marxistas y de los métodos y objetivos de la lucha y del odio de clases en la organización obrera y sindical, al margen de las concepciones cristianas.

En la cultura superior: desplazamiento del antiguo liberalismo doctrinario individualista de las cátedras, que combatíamos, por el socialismo más popular; sin superación del plano naturalista que es común al liberalismo y al socialismo. Derivación del empirismo científico hacia un franco materialismo técnico, no exento por cierto de una mística panteísta. Concepción materialista de la Historia y de la Cultura. Concepciones teóricas técnico-sociales, dinámicas, que amenazan con su simplismo sistemático la libertad y los derechos de la persona humana y la familia. Las ideas de libertad siguen esgrimiéndose verbalmente dentro de un cuadro conceptual materialista, que las deja sin respaldo racional alguno. Las aspiraciones de reglamentación social contrastan y entran en conflicto con la vida individual que marcha cada día más al capricho de la fantasía individual anárquica.

Frente a estas características del pensamiento dominante, falta de un gran esfuerzo intelectual para situar el pensamiento católico en el plano científico y en el plano filosófico, sociológico y político dentro de una unidad coherente. Este pensamiento se dispersa en defensas aisladas contra los ataques, a la zaga de la iniciativa adversaria, sin llegar a asumir la dirección de una cultura católica integral propia de nuestro tiempo y ajustada a nuestros problemas, libre del lastre de las concepciones temporales pasadas y de las limitaciones científicas o filosóficas no puestas al día. Persistencia de grupos aislados de intelectuales católicos en cultivar un jardín intelectual del pasado, cerrado a todas las perspectivas del presente y del futuro, actitud que los esteriliza para una influencia verdadera en el mundo actual. Carácter regresivo de las manifestaciones culturales de hoy como consecuencia de querer acercarse cada vez más a una cultura de masas y alejarse de

una cultura de "élites".Exigencia actual de mantener esa cultura popular accesible al mayor número, y dificultades católicas para dirigir este tipo de difusión cultural, sobre esquemas necesariamente simplistas.



4°.- En el orden político.

Las repúblicas democráticas de América sufren cambios internos. La predominancia de los problemas económicos y gremiales traídos por la presencia de las grandes masas, desvía primero la acción de los partidos políticos de los objetivos de bien común y de los ideales políticos propiamente dichos, hacia los objetivos del interés económico gremial o de clase. La impaciencia y la prepotencia de estos intereses gasta a los partidos y al gobierno político, y desprestigia las instituciones legales. Frente al gobierno ellos mismos, desafiándolo, o dentro del gobierno utilizándolo, los intereses de clase (capitalista u obrero) tienden a dominar la política, a crear una mística revolucionaria al margen de las instituciones, y a tomar como instrumento al Estado, el cual se vuelve en sus manos totalitario y escapa así a las normas de derecho. En este tránsito no están en peligro los principios ya olvidados de la "democracia liberal" como suele decirse despectivamente por muchos católicos, sino también las bases cristianas de la organización política, organización cuyo fin es el bien común público, y cuya materia es el pueblo con todos sus vínculos y derechos anteriores al Estado. Lo desconocido en este tránsito es el concepto de la igualdad fundamental de todos los hombres su fraternidad en el común origen histórico y en la paternidad divina, la dignidad de cada alma, los derechos y libertades esenciales de la persona humana, los derechos de la familia etc.. El significado profundo de este cambio es el desconocimiento de los fines propios de la organización política y su sustitución por los fines particulares de grupos o clases que monopolizan a su servicio la coacción. Las formas concretas de esta deformación varían de una nación a otra, y su desarrollo es más pronunciado en un país que en otro. Pero el sentido de la transformación política es general. Responde a los objetivos mismos de los ciudadanos en las luchas políticas, desviados ahora hacia los intereses económicos particulares y egoístas de grupo, de gremio, o de clase, y no sujetos a la disciplina de los ideales morales.

En algunos países las fuerzas católicas pretendiendo ser fieles a los derechos del Estado, no han percibido a tiempo las desviaciones del poder político, y han aparecido luego solidarizando con sus abusos y deformaciones. Una concepción particular o tradicionalista respecto de la armonía necesaria entre el poder espiritual y el poder temporal, y una confianza excesiva en las propagandas de los gobernantes, les han impedido a veces descubrir la "utilización" del principio católico para fines bastardos, comprometiendo así la esencia del principio mismo.

Sigue estando en los fines del Estado el coordinar con vistas a la justicia y al bien común, los intereses económicos en lucha y no puede él desentenderse de esta misión. Pero carecen hoy los gobiernos de respaldo para actuar con independencia dentro de sus fines propios en esta esfera, y caen víctimas de unos u otros intereses en pugna.

Todavía en nombre de las libertades democráticas o en nombre de las "soberanías nacionales" exaltadas como mística, hay grupos que resisten aquí o allá al asalto al poder de los intereses egoístas, pero las circunstancias son tales que, si caen estos grupos en la coacción arbitraria, arman ellos mismos el instrumento totalitario que van a utilizar después los intereses, y si se atienen a los procesos de la ley, corren el riesgo de ser desbordados por la anarquía técnicamente preparada desde la calle o desde los cenáculos.

La característica de la evolución política actual en América Latina es que cada día aparece más difícil la función de un gobierno encuadrado en sus propios fines y libre de influencias bastardas dominantes, y más difícil por tanto la colaboración católica de solidaridad con los gobiernos.

En el político internacional la interdependencia creciente, económica, social, defensiva y aún cultural y técnica de los países, acentúa hoy la imperfección de cada sociedad política para cumplir sus fines; y postula, si no un gobierno y una legislación mundiales, por lo menos una red de compromisos y de obligaciones universales, regionales, bilaterales, dentro de finalidades comunes ineludibles, y de principios obligatorios para todos. El ciudadano

no de cualquier país de América debe tomar posición cada día ante las exigencias de esta transformación fundamental.

Frente a esta enorme complejidad de problemas, los católicos que actúan en la política y en la dirección intelectual de los diversos estados, carecen de contacto y también de propósitos comunes y armónicos; y la masa católica desconoce en general los grandes principios cristianos que han de salvarse en la evolución de las relaciones internacionales. Muchos siguen atados al nacionalismo exagerado y al falso concepto de la "soberanía" que viene del absolutismo. Particularmente afecta a los católicos, la Unesco, convertida en una gran empresa cultural internacional que amenaza con sus enormes posibilidades económicas la orientación cultural de los países de tradición católica, donde sea propicio el campo para su obra. El carácter laico y uniformizado de ~~una~~ cultura puede, con recursos ilimitados, cambiar la cultura de un país, sustituyéndola por un tipo "standard", vació de toda espiritualidad, y separado de toda vivificación tradicional auténtica.

Tales las condiciones planteadas al apostolado católico en este campo.

5° En el orden religioso.

Una marcha universal en el seno de los pueblos que participan de la civilización Occidental nos ha dirigido hacia la heterogeneidad religiosa en el seno de la convivencia civil, acentuada hoy por los movimientos sociales. Luego de la escisión protestante, por un tiempo se mantuvo artificialmente en Europa la religión "del Príncipe" como la religión del pueblo, integrándose así la unidad política con el factor de la unidad religiosa. Esta supeditación de lo principal a lo secundario no podía durar; y la sinceridad personal en las cosas de conciencia, impuso poco a poco la prescindencia práctica del Estado político en el problema religioso. Tanto los católicos en los países protestante, como los protestantes, los judíos y los laicistas en los países católicos, impulsaron primero la libertad de cultos y la tolerancia civil, y luego la prescindencia o neutralidad práctica del Estado. En América la unidad religiosa tradicional no creó problemas hasta que la inmigración heterogénea y la introducción más o menos artificial de ideologías exóticas, trajo la lucha a este terreno. Poco a poco después, la heterogeneidad religiosa ha invadido en América Latina la convivencia civil; y aún la hostilidad anti-religiosa tomó posesión en los gobiernos políticos y en las universidades.

El régimen de tolerancia civil aparece justificado por el hecho mismo de la heterogeneidad, ya inevitable, sean cuales fueren sus causas originarias. El argumento tradicional de "país católico" tan esgrimido, ha perdido su sentido absoluto en la mayoría de los países de América Latina. El argumento se vuelve particularmente peligroso cuando se trata con él de enrolar a los católicos en empresas políticas de intransigencia y de persecución que generalmente encubren fines extrarreligiosos e injustos, y dañan de muerte el prestigio del apostolado católico religioso auténtico, en el seno de las masas.

Junto a estas circunstancias debe subrayarse que existen dos campañas sistemáticas contra el catolicismo, en todas sus manifestaciones:

a). Una campaña protestante misional norteamericana con poderosos recursos económicos, medios técnicos eficaces y planeamiento sistemático, en toda América Latina. Su objetivo real es desviar al pueblo de la Iglesia Católica. Generalmente no logra crear religiosidad protestante, sino en los medios incultos, ávidos de Evangelio y no alcanzados por enseñanza católica.

b). Esta campaña protestante es sólo un factor de otra más general: de la des cristianización sistemática perseguida por los núcleos laicistas (o sea de filosofía naturalista, anti-religiosa) los cuales, aunque minoritarios por influencias políticas y culturales tratan de destruir el espíritu católico en la vida popular. La campaña laicista es fuerte y hábil. A ella corresponde el debilitamiento de la unidad espiritual y cultural latinoamericana y el déficit de la evangelización popular. Los núcleos protestantes de origen europeo y los núcleos religiosos judíos, etc., no actúan sistemáticamente contra el catolicismo, en algunos casos cooperan a la defensa espiritualista.

Más o menos acentuado, este es el cuadro religioso en que le toca actuar al apostolado católico en América Latina.

Es imprescindible enfocar las condiciones actuales con un cambio de objetivos y de técnicas en el apostolado católico.

El apostolado tradicional suponía como queda dicho, una sociedad de normas generales católicas, por lo menos en aquellos sectores que no eran un campo típico de "misiones" (familia organizada; vida dentro del hogar; educación familiar etc., y una sociedad tranquila, de influencias fáciles, desde arriba hacia abajo, de acción paternalista en la esfera doméstica y en la empresa económica, y en todo orden de relaciones sociales.

También una sociedad caracterizada por cierta estabilidad y conformismo en las situaciones familiares respecto de los medios de vida; acompañada de una beneficencia dirigida por los pudientes a las situaciones excepcionales de fracaso conocidas, y de una ignorancia o inadvertencia casi invencible de las situaciones de fracaso generalizadas y endémicas. Por otra parte había allí falta de amenazas a la estructura social religiosa; existía protección rutinaria del Estado en las formas al menos, a las normas de vida católica, aunque se vaciaran aquellas insensiblemente de espiritualidad y de vida. Se mantenían las costumbres sociales tradicionales protectoras del pudor de la mujer y de la intimidad del hogar; se podía notar ausencia de riesgos mayores en los espectáculos públicos y en las propagandas; se manifestaba una estabilidad al menos aparente de la filosofía católica tradicional en la formación intelectual, con clases cultas dirigentes envueltas conciente o inconcientemente en las concepciones cristianas, frente a grandes masas de cultura inferior, sin reclamos. Estas masas poseían un rudimentario catecismo más o menos verbal en la memoria, y muchas imágenes sagradas, muchas procesiones y actos externos en la vida religiosa; no existían odios de clase ni organizaciones ni propaganda para moverlo. Las divisiones políticas, sin aparente trascendencia social filosófica, ni religiosa, se movían dentro de concepciones más o menos legítimas del bien público a servir, y eran impulsadas por ideales democráticos comunes a todos.

En lo católico se vivían fórmulas cristalizadas de unión Iglesia-Estado sin más problemas que los del Patronato en la designación de los Obispos y el monto de las subvenciones. En todo parecía dominar una estabilidad inmovible del principio de autoridad y del respeto de las instituciones, fueren cuales fueran los desconocimientos prácticos más o menos apasionados. Por último los problemas reales de toda índole quedaban limitados al ámbito "Nacional" de cada país, con ignorancia o indiferencia por las conmociones y problemas externos.

Se comprende que en este marco, los planteamientos del apostolado católico se redujeran casi al buen ejemplo de la conducta personal, en el salón, en la calle, en el baile, en la mesa, en el seno de la familia, en la asistencia a la Misa del Domingo, en el ejercicio de la limosna, etc. y también a la influencia directa de cada uno sobre el círculo propio, para lograr que otros también cumplieran sus deberes cristianos: así parecía terminar este apostolado, que no advirtió la inmensa tarea a realizar en la elevación cultural, económica y religiosa de las masas, a quienes parecía conformar indefinidamente, el mínimo rutinario de todas las cosas. A este horizonte apostólico debió corresponder, naturalmente, la defensa del grupo social por la vía de la exclusión de cualquier elemento hostil a su cómodo discursar. La división entre los "buenos" y los "malos" es típica de esta mentalidad que no comprende la parábola del trigo y la cizaña; y que se limita a arrancar todo lo que a sus ojos aparece como cizaña, negándole a todo adversario el agua y la sal. Es claro que este anticipo del Juicio Final, con usurpación al Juez Eterno de sus derechos, no puede traer consigo buenos resultados. El procedimiento arroja sobre los agitadores el prestigio de los perseguidos, les convierte en señores de las masas, con el riesgo de excluir también olímpicamente a las mismas masas que les siguen, y no alcanza a recoger lo que hay en ellas de trigo evangélico auténtico en medio de la cizaña antirreligiosa; ni a emular a los adversarios en la obra popular, a la cual sin embargo los católicos son siempre llamados.

0-0-0-0-0

Puede responderse ya frente a las realidades que como hoy los ojos, qué cosas se han vuelto funestas o estériles en el apostolado católico, y qué cosas son por lo menos insuficientes.

1°. Es funesto el criterio del Juicio Final en la tierra, y de la separación definitiva de réprobos y santos a cargo de nuestro juicio propio.

En el plano dogmático y moral tenemos a la Iglesia para que por vía de sus Pastores defina los errores y precise la disciplina de los fieles.

Fuera de estas precisiones autorizadas, existe entre los católicos, fieles a las enseñanzas de la Iglesia, un ancho campo de discrepancias que

no deben estar sujetas a la fácil acusación de herejía a cargo de laicos y no laicos, con el propósito "interista" de clasificar dentro de casa entre buenos y malos por la propia cuenta. Frente a no católicos y aún a adversarios anticatólicos, es igualmente funesto reconocer como cizaña todo cuanto ellos dicen o hacen a título de que son "réprobos". Esta ceguera ha dejado en manos de los adversarios triunfos que debieron ser logrados por nosotros en el orden social y cultural. Rechazo total pues de la fórmula que hace del apostolado una clasificación y una agrupación de los buenos contra los malos. La irreligión en América Latina tuvo y tiene uno de sus más eficaces agentes en las personas desplazadas de los países católicos de Europa, a quienes la intolerancia arrojó al exterior con toda la peligrosidad de sus resentimientos y de sus venganzas.

2°. Es funesto seguir pensando que el apostolado es sólo una cuestión de murallas para defender a los católicos del contacto y de la vista del mundo, y protegerlos de sus malos ejemplos. Esto tiene su lugar en primer término en el ascetismo personal de cada uno, y colectivamente en circunstancias particulares; pero como objetivo general de apostolado es simplemente un objetivo de comodidad o tranquilidad aparente, que esteriliza a las fuerzas católicas y las impulsa a desertar de la vocación de nuestro tiempo. Aquel ambiente tibio de una sociedad organizada externamente para proteger nuestra vida católica, no existe ya. Estamos en medio de todos los vientos, y no podemos huir sino a riesgo de convertir una religión irrenunciablemente universal en una secta de clanes cerrados. También las adversidades con que chocamos en el exterior tienen misión pedagógica respecto de nosotros mismos; y el contacto con ese mundo tantas veces desviado pero ansioso de verdad y de justicia y de amor, es a menudo nuestro mejor examen de conciencia y nuestro más saludable motivo de humildad.

Hemos de salir del "círculo" católico, al mundo de misión, al campo del apostolado, y no sólo con instituciones frías y burocráticas o con propandas de combate, sino personalmente. El aislamiento tiene su lugar en cuanto es necesario para reformarse y recogerse en las horas de pausa apostólica; y puede obtenerse en medio del mundo o del claustro. Pero el aislamiento católico como regla general para el apostolado, nó. Nada de encerrarla la acción en esos límites del "buen ejemplo dentro de casa". Demos por sentado que el católico ha de tener formas cristianas "de trabajar", "de comerciar", "de amar", y aún "de bailar".

Cuando no se trata de apostolado, sino de diversiones y espectáculos para los católicos, y siempre que las diversiones y espectáculos exteriores no puedan ser honestos, es claro que los católicos hayan de crearse para sí centros honestos de diversión. Pero estemos lejos de pensar que esta defensa contra el contagio inmoral sea realmente una forma de apostolado capaz de satisfacer los reclamos de nuestro tiempo; sigue siendo una manifestación del apostolado dentro de casa, o un recurso defensivo extremo contra la hostilidad exterior. Sólo los convencidos y los fieles fervorosos se someten por otra parte a la disciplina del cine "católico" y de la cancha de deportes "católica". En EE.UU. hacen también el "baile parroquial" ¿por qué nó si las circunstancias lo aconsejan?

Pero estamos lejos en todo esto del tono de heroísmo del apostolado moderno que exige de sus agentes algo más que diversiones honestas; y que en los mismos adversarios sin fe, encuentra una réplica de sacrificios desconcertantes en la acción. El católico debe estar presente donde no se manche y pueda hacer el bien; predicar, defender la verdad y la justicia, luchar por los derechos desconocidos, ayudar espiritual o materialmente a quien lo necesita. Bajo este aspecto, el laico de acción católica "cumple una función apostólica imprescindible que le es propia" a la que no debe renunciar. Si le encerrasen en un círculo suyo artificial, en un mundo para él, no podría "servir". Lejos de alargar los brazos al sacerdote, quedaría él preso entre límites de acción exterior, aún más estrechos que los que sufre la sotana. Pero además, la mayor parte de esos ambientes artificiales creados para católicos, fracasan. No cuentan ni con el concurso de los más fieles.

La "vida de presencia de los católicos" es en cambio eficaz en todos los tiempos. Hay que contar con la gracia ciertamente, y ésta no falla nunca. La experiencia de todos los días es consoladora: en el ambiente del trabajo personal, en los negocios, en la política, en los sindicatos obreros... el católico íntegro, el católico apostolado gana respeto, interés, simpatía para su causa, destruye prejuicios, allana los caminos para la conversión personal a los que son sinceros. Esto sí es apostolado para nuestro tiempo.

3°. Debemos adaptarnos a la convivencia heterogénea. Aceptando las fórmulas de tolerancia social y civil necesarias para vivir en paz en esta convivencia, y poder actuar allí con eficiencia apostólica. Aceptar estas fórmulas es renunciar a la coacción social, legal, política o personal sobre los no católicos.

en las materias que puedan afectar a su conciencia; es decir, a su sinceridad interior subjetiva. Esta tolerancia no es ni cobardía ni transigencia doctrinaria, como algunos pretenden. Menos todavía será liberalismo o excepcionalismo heréticos, según lo afirman intencionadamente algunos "integristas" incoercibles. Es en primer término el respeto a la libre determinación de cada uno, sin la cual la misma adhesión a la verdad es una hipocresía repugnante y sin ningún valor moral. Es, en segundo término una expresión de caridad para con los extraviados, ya que se hace cargo de las dificultades inmensas del hombre para sobreponerse a sus prejuicios y a sus propios errores. Es en tercer término, el medio de conquistar la propia independencia apostólica, liberándola de todos los propósitos parásitos de intereses y de odios y venganzas temporales, inevitables cuando la lucha por la causa deriva al plano odioso de la coacción y de las solidaridades con quienes la ejercen. Es por último, el medio único de no encerrar el apostolado en un círculo estrecho de fanáticos, y de poderlo llevar en cambio a todas partes sin celos, como va el apostolado misionero sin gendarmes, ni prepotencias ni amenazas.

Este espíritu de tolerancia no supone por cierto innovación en el espíritu católico tradicional, sino simple enfoque de circunstancias de hecho diferentes. En todos los tiempos hubo tolerancias necesarias, y en nuestro caso las impone el desvanecimiento de aquella sociedad con unidad religiosa en doctrinas, costumbres y leyes, y la presencia en cambio de una sociedad heterogénea, sin unidad religiosa ni firmeza en sus estructuras temporales, que busca ansiosamente fórmulas nuevas de organización, con nosotros o sin nosotros.

4°. Lo anterior supone algo muy importante en las concepciones del apostolado católicos: El paso de un apostolado de dirigentes en una sociedad jerarquizada, a un apostolado de acción inmediata en el seno de las masas: desde el paternalismo de los grupos socialmente superiores, hecho al amparo de la ley y de la organización social entera, hasta el fraternalismo popular de los apóstoles, sin ayuda, ni privilegio alguno de estructuras temporales profanas.

En una hora de lucha de intereses profesionales y de clase, en que las estructuras políticas y sociales, aún las más legítimas, están sospechadas de solidaridad con intereses de dominación, toda forma paternalista está sospechada y resistida a la vez.

La acción obrerista a cargo de los patronos, la beneficencia organizada por élites sociales o plutocráticas, las misiones religiosas estructuradas sobre la organización de las empresas económicas industriales o agrarias: todo ésto es resistido y sospechado. Y a veces la sospecha es justificada, por el egoísmo de quienes utilizan la religión para sus intereses. Tampoco ha de entenderse el tránsito necesario como una obra de traición y de adulonería. Ni antes debió protegerse el apostolado en la adulación a los dirigentes políticos o económicos, ni ahora en la adulación a los poderes sindicales o a las masas anárquicas. Ambas serían dos formas viciosas de una misma indignidad. No: lo que se expresa aquí es distinto; es el tránsito de una forma natural y lógica de apostolado dentro de una estructura social, a otra forma también natural y lógica dentro de una estructura diferente. Y al mismo tiempo, el tránsito desde una inadverteencia explicable de los errores sociales o económicos de aquella estructura, a una toma de conciencia activa sobre los reclamos de justicia que se imponen a nuestra razón en la hora presente y que definen los deberes de nuestro tiempo.

5°. Otra característica de la adaptación necesaria del apostolado a esta hora universalista del mundo, es la comunidad de fines de la Acción Católica por encima de las visiones particulares y nacionales, y del análisis localista de los problemas. Sólo el catolicismo tiene en sus manos una doctrina universal capaz de sentar las bases morales indispensables a una convivencia internacional de culturas y de pueblos. Y se da la paradoja de que el mundo profano busque afanosamente esa convivencia de pueblos y de razas, sin acertar siquiera con un lenguaje común para entenderse, mientras las fuerzas de laicado católico actúan sin concierto en ese propósito, que sería tan digno de quienes adherimos a una fe universal.

Mientras las cosas materiales, tales como los transportes y las comunicaciones de todo orden, y las interdependencias económicas regionales y nacionales postulan una armonía universal, quienes podemos dar el alma unificadora a esa conjunción de factores, aparecemos divididos; y lo que es peor aparecemos a veces enfeudando ilegítimamente nuestro catolicismo en empresas particulares de nacionalismo exagerado, o de racismo más o menos disfrazado, o de particularismos culturales o históricos de clanes y banderías que nos encasillan y nos alejan. En lugar de superar con el amor y la comprensión universales, particularidades que nos atañen, y de reunir las todas en una síntesis superior, nos empeñamos a menudo en ligar nuestro catolicismo a aquello que en esas particularidades es irreductible y sectario, incapacitándonos para una verdadera acción universalista en el mundo de hoy. No deja de ser oportuno rever la ilegítima alianza de la religión con un patriotismo de orgullos, de

dominaciones, o de odios, que nada tiene de cristiano.

Dejando a un lado partidariismos políticos, círculos y planes típicamente sectarios, y nacionalismos patrióticos, que ya es bastante, es imposible seguir eludiendo en este punto el problema planteado en América Latina por el "hispanismo" y el "antihispanismo", como causa de división entre los católicos. Eludirlo es dejarlo sin solución. El problema del "hispanismo" o la "Hispanidad" tiene varios sentidos: a) Un sentido de justicia histórica hacia la obra descubridora, evangelizadora y colonizadora de España en América, contra las leyendas negras y los vituperios incomprensivos. Ello no puede ni debe ofrecer resistencia a nadie, cualesquiera sean los juicios sobre hechos aislados que merecieron aún en su tiempo, la condena de las leyes y de las mismas opiniones españolas contemporáneas, lo cual es una gloria de España. b) Un movimiento de simpatía hacia la España actual, sus expresiones religiosas, culturales y artísticas, los sufrimientos y las aspiraciones legítimas de su pueblo etc., al margen de las divisiones políticas de los españoles; lo cual tampoco puede suponer resistencia de nadie entre los católicos de América. c) El reconocimiento de una especie de tutoría cultural, o de rectoría política internacional, o de ejemplaridad política interna, de la España actual sobre las naciones de origen hispánico en América Latina. Este concepto de superioridad o influencia directriz española parece incluir oposición a otras influencias culturales o políticas en América Latina que pudieran aparecer contrarias en un momento dado a las tendencias o intereses de la España actual; o que simplemente interfiriesen en esos mismos propósitos de rectoría española. Es preciso hablar claro sobre este sentido del concepto de hispanidad: es sencillamente un concepto divisionista entre los católicos de América, y es un concepto que causa bropezos insalvables al apostolado católico. "Madre Patria", es en efecto, una expresión poética y cariñosa hacia la España histórica que nos es común: no es, no puede ser, el reconocimiento de una tutoría, ni de la España actual sobre las naciones de América, ni de los españoles de hoy sobre los americanos de hoy, ni de las particularidades culturales, políticas o sociales de la España de nuestros días sobre las de América; ni respecto de las de otros pueblos del mundo que también han traído su aporte cultural a nuestro continente.

Muchos países de América Latina cuentan con un aporte racial y cultural enorme de Italia, de Francia, de Inglaterra, de Alemania, y aún de la Europa Oriental, muchos empiezan a incorporar legítimamente, tradiciones indígenas, y cuentan con grandes masas de indios y de mestizos de indios: todo esto confundido en un solo patrimonio común, que ya no puede desintegrarse con el propósito de regresar en todas partes a un hispanismo histórico; y menos, al predominio o tutoría de la España de hoy, la cual a su vez ha tenido su desarrollo propio independiente y sus características ajenas a la evolución latinoamericana. La vecindad con el Brasil y con EE.UU. de N. América, impone además a nuestros pueblos de origen español una convivencia continental que excluye el particularismo de las influencias de cualquier país, por grande que sea nuestra veneración por su obra histórica o por sus valores presentes. e) Por último entre los sentidos del término "hispanidad", existe también una acentuación del concepto anterior que consiste en ligar la fe católica a la "hispanidad", a título de que España trajo a América la fe, y sigue siendo como nación y como cultura y aún como política, algo así como el vehículo o la condición indispensable para la ortodoxia de nuestra fe católica en América. Es claro que este concepto sí, se aparta de la ortodoxia y pretende poner muletas al Evangelio. Se aparta además de los hechos; pues sería imposible negar entre nosotros el concurso religioso católico de otros pueblos al través de la inmigración, del libro, y de los mismos apóstoles y misioneros extranjeros. Pero además ¿cómo podríamos imponer esta condición de "hispanidad" así entendida, a tantos millares y millares de descendientes de otros pueblos y razas, incorporados a nuestra convivencia, católicos como nosotros? Es deber del Apostolado católico no permitir su enfeudamiento en ninguna condición particular tradicional, nacional, racial, geográfica o mental. Afirmar la universalidad del Evangelio y de la Iglesia es de todos los tiempos; pero lo es muy especialmente de los tiempos actuales en que los problemas del universalismo golpean a todos los hombres y les invitan a superar sus características particulares; no para perderlas, sino para integrar con ellas, una obra común universal de gran envergadura. ¿Solamente los católicos hemos de ser incapaces de responder a este llamado de los tiempos?

Hagamos la síntesis de este problema de la adaptación a las nuevas modalidades:

- 1°. No hacer el Juicio Final en el tiempo, dividiendo el mundo entre "réprobos" y "santos" y aislándose los apóstoles en el recinto cerrado de los "santos".
- 2°. No limitarse a vivir en familia entre católicos, y a realizar el solo apostolado del buen ejemplo en casa.

- 3º. Actuar en la heterogeneidad social aceptando las fórmulas de tolerancia propias de la convivencia heterogénea, y renunciando a las estructuras temporales protectoras que pueden ser obstáculo al apostolado por las solidaridades que supongan.
- 4º. Actuar apostólicamente en el plano de la fraternidad y no en el de la paternidad. Esta suponía una sociedad jerarquizada que integráramos, sobre una multitud en condiciones de minoría de edad; pero hoy está en crisis, y sus estructuras son sospechadas o repudiadas. Abandonar en general los sistemas paternalistas de evangelización, de acción social o cultural o de beneficencia. *(Formación de dirigentes de las diversas categorías -)*
- 5º. Actuar en la universalidad cuidando de no enfocar el Apostolado en ningún particularismo nacional, racial, tradicional, cultural etc. y de integrar más bien con ellos la obra de una cultura universal humana, propicia al sentido universal del evangelio.

IV

OBJETIVOS CATOLICOS SOBRE LAS CONDICIONES TEMPORALES ACTUALES.

Junto al apostolado personal que trata de ganar cada alma para la Redención, ha de desenvolverse por los laicos, un apostolado católico sobre las circunstancias mismas del orden temporal con el fin de espiritualizarlas y de bautizarlas.

Esta obra ha de tener unos cuantos objetivos primordialísimos.

1º. Sobre la familia: Tendiente a reforzar el pudor que la protege contra la disolución; a purificar las propagandas públicas y los espectáculos y diversiones que alejan a los jóvenes de la constitución normal de los hogares; a amparar la intimidad sagrada y la necesaria autonomía de la vida familiar, auxiliándose con la obra material indispensable de la vivienda; a fortalecer las inclinaciones propias de la paternidad, desarrollando al máximo la conciencia de sus responsabilidades espirituales y sociales; a defender entre otras últimas la función educativa de la familia, sus obligaciones y sus derechos.

2º. Sobre la cultura superior: tendiente: a tomar iniciativa católica en una gran obra intelectual de síntesis, que permita integrar todo el patrimonio de las ciencias empíricas, depurando de teorías erróneas, con una visión superior de filosofía cristiana, puesta al día, y que sirva de base a la obra de un humanismo teocéntrico y cristiano capaz de orientar la marcha de la cultura. Evitar aquí las simples repeticiones de una filosofía que no se hace cargo de los problemas del hombre moderno, ni entiende su lenguaje, y que también queda " dentro de casa ".

3º.- Sobre la difusión de la cultura popular, tomando los católicos parte activa e iniciativa propia en la capacitación intelectual popular conforme a las aspiraciones legítimas del pueblo, y conforme a las responsabilidades implicadas por la creciente participación de los elementos populares en la dirección social. Esto ha de lograrse en primer término elevando la cultura religiosa del pueblo por encima de sus formas rudimentarias; y paralelamente a la mayor preparación intelectual y a la mayor participación popular en las organizaciones sociales. En lo que respecta al problema de la elevación del indio americano, los católicos han de tener igualmente iniciativa y acción eficaz y propia.

4º. Sobre la vida económica, tendiente a purificar sus actividades de los fines egoístas de la exclusiva ganancia, hijos del liberalismo económico, y a centrarlas en los deberes morales de la honestidad personal, de la justicia social y de la fraternidad humana. También, tendiente a evitar que de las soluciones puramente materiales de los conflictos de la economía moderna, surjan estructuras legales de esclavitud, que cambien, por la ilusión de la seguridad material a cargo del Estado, los bienes espirituales de la libertad personal y de los deberes morales del hombre.

5º. Sobre las estructuras sociales, tendiente a incorporar la ineludible diversidad de funciones temporales de los hombres al seno de una fraternal unidad humana; fraternidad efectiva que sea capaz de superar las diferencias llamadas de clase, las injustas desigualdades exageradas en el nivel de vida, y las diferencias de trato y de relación entre los hombres; tendiente del mismo modo, a exaltar los valores humanos propios de la dignidad espiritual y de los fines eternos del hombre, únicos valores capaces de superar las diferencias materiales en la convivencia común, y de afirmar los derechos de la persona humana.

Enfocando así, sin preconceptos ni egoísmos, las posibilidades de un tránsito de estructuras económicas, que permita gradualmente sustituir el régimen de salariado por el régimen de sociedad en la empresa económica; y de tal

modo que se devuelva a los hombres el amor y la alegría del trabajo, considerado hoy como un signo de esclavitud.

6°. Sobre la vida política. Tratando de reconstruir en los ideales políticos vivos, el objetivo del bien común público, impersonal, como centro de la vida política; frente a la irrupción actual de las parcialidades exclusivistas y de los intereses sensuales que reducen la acción pública a los favores para un partido, una élite, un gremio o una clase; y que desprestigian así a las instituciones públicas, poniéndolas a merced de la anarquía o de la tiranía.

También tendiente a defender en las estructuras políticas cualesquiera que sean, las bases cristianas de las mismas, tales como la conciencia de la unidad del género humano, de la igualdad natural de todos los hombres, de la dignidad de cada alma, de la dignidad del trabajo y de la pobreza, de la inviolabilidad de las conciencias, de la obligación que tiene la autoridad pública de ejercerse como un servicio del bien común, de la vocación a la libertad de todos los hombres, y de la supremacía de la verdad y del amor; notando bien que solamente los cristianos podemos traer a la organización política del mundo, y en particular de la democracia, tal aporte de principios esenciales, racionalmente fundados y trabados en el conjunto de nuestra filosofía de la vida.

7°. Sobre la política internacional, definiendo igualmente un conjunto de principios propios del derecho cristiano de gentes y de nuestra concepción espiritualista y universalista de la vida, únicos capaces de apoyar la convivencia de los pueblos en una unidad superior de todas las culturas, sin torturarlas con moldes rígidos "standard", ni excluirlas de una fraternidad superior y comprensiva. Haciendo actuar estos principios por la vida de un contacto más vivo y de una coordinación de esfuerzos entre los católicos de las distintas naciones.

tados por el cesarismo fascista y el comunismo respectivamente y cuyas líneas, aunque partiendo en antítesis, se encuentran no obstante en el cruce de un ateísmo común.

Para el Idealismo la única realidad de la Idea, que se desarrolla al impulso de la ley dialéctica que le es inherente y que produce sus concreciones en la esfera de la naturaleza y del espíritu. En el orden social, el Estado es la expresión más elevada de la Idea, y toda la historia universal se reduce, de esta manera, al movimiento constante de la humanidad por la realización de la Idea-Estado, que por ser infinita nunca se obtiene plenamente. La filosofía, el arte y, en general, la cultura no constituyen más que meras expresiones de esta única realidad que es la "Idea-Estado". La Iglesia, así mismo, no existe en cuanto fundación de origen divino, sino como una manifestación de la Idea puesta al servicio del Estado. El hombre no dispone tampoco de otros derechos que los que el Estado le concede, el cual, interesado en su máximo engrandecimiento, adopta las medidas raciales conducentes a ese fin. El culto de la sangre y de la raza resultan así una consecuencia necesaria de la exaltación del "Estado como única realidad. Mussolini en la definición del fascismo redactada para la Enciclopedia Italiana, ha sintetizado perfectamente esta doctrina al afirmar que "para el fascista todo está en el Estado, nada humano o espiritual existe y tanto menos valor puede tener fuera del Estado. En este sentido - agrega - el fascismo es totalitario y el Estado fascista, síntesis y unidad de todos los valores, interpreta, desarrolla y domina toda la vida del pueblo".

El fascismo se presenta de esta manera como una forma disimulada de ateísmo. La Idea no pasa de ser una nueva palabra para enunciar la sustancia única aceptada anteriormente por los parteístas y de la cual todo cuanto existe es una simple manifestación o accidente. Este Dios-Idea importa además la desaparición de toda moral objetiva, por cuanto si lo que existe en una época es el resultado fatal e inevitable de la evolución de la Idea, nada llega a ser moralmente malo ni ilegítimo y Dios pasa así a expresar las manifestaciones más opuestas y contradictorias, hasta ceabar a la rostre por ser totalmente negado ya que, encontrándose en perpetua elaboración, nunca alcanza el carácter de ser absoluto y permanente. X

Mientras para el fascismo hegeliano la única realidad es la Idea-Estado, para Marx y sus discípulos es la materia, el proceso de la actividad económica. En lugar de ir como Hegel de las Ideas preconcebidas a las cosas, Marx sacó de la observación de las cosas las ideas exactas, fundándose en el axioma de Feuerbach de que "el mundo no es producto de un espíritu, sino que el mismo espíritu es el supremo producto de la materia". Para Marx la actividad central del hombre es la producción. Todas las demás operaciones se hallan subordinadas a esta última, al punto de que se llega a efectuar una fusión de la sociología y la política con la economía, la primacía de las clases sobre cualquier otra forma de organización, como la familia o la nación, dimana del hecho de que ellas arrancan su origen del papel que el hombre adopta frente a su actividad primordial: la producción. Y estas diversas clases, en razón de la ley dialéctica que mueve a la materia, son irreductibles entre sí, viven en continua oposición. De esta manera Marx, inspirado en Feuerbach, estima que la estructura económica condiciona la superestructura formada por las instituciones jurídicas y políticas, religiosas y filosóficas; y aceptando la dialéctica de Hegel, depurada eso sí de todo carácter metafísico, ve la tesis en el régimen fundado en la propiedad privada y la libre competencia, contra la cual se alza la antítesis que es la lucha del proletariado para generar una fase superior o síntesis: el Estado socialista.

El marxismo es algo más que una simple postura frente a los problemas de orden económico. Es una concepción integral de la existencia, una respuesta total a todos los aspectos de la vida del hombre, una especie de religión de tal manera absorbente que excluye de su lado cualquier otra doctrina. Y como el marxismo hace descansar toda su fuerza en la primacía de la materia, lleva en vuelta en su base la afirmación que el racionalismo de la Religión Cristiana a una mera dimensión del totalitarismo.

Prohibido de Cerebra